

## CUATRO NOTAS SOBRE ARTE

### EL TIEMPO IRACUNDO DE OSWALDO GUAYASAMÍN

El pintor ecuatoriano Oswaldo Guayasamín ha culminado, tras largos años de trabajo, una realización plástica de colosales dimensiones, especie de ilustración de un tiempo y de sus contradicciones; en ella, bajo el título de *La edad de la ira*, se ofrece una serie de testimonios de tremenda expresividad, acerca de la condición del hombre, su trágico destino y su insoslayable enajenación.

*La edad de la ira* no es la historia de un pueblo, de una nación, ni de una raza, aun cuando participa un poco de todas estas categorías. Es el friso inexorable de lo que ha llegado a ser la condición humana, el reportaje del dolor, la humillación y la impotencia, la crónica de los vencedores y de los sojuzgadores del hombre, y la réplica de los que sufren estas decisiones de esclavitud y de muerte.

El resultado es una terrible comedia humana, la ira del sojuzgado se transmite en la tensión de los cuerpos, en la crispación de las manos, en el gesto absoluto del que ha visto imágenes, que no olvidará nunca, y al lado de ello, el testimonio, sólo esbozadamente esperanzador del acceso a nuevas formas de conciencia, de la llegada a modernos ritmos de existencia y de convivencia, y así las manos, que se crispan, que amenazan, que nos transmite la fiera muerte de sus sueños, se vuelven en ocasiones manos que se encuentran, que afirman la futura solidaridad nueva de un mundo distinto.

Una parte muy importante de la obra va dedicada a la dura sátira del verdugo promotor del bombardeo, al que se retrata con la fría iracundia que provocan las escaladas, que unos y otros países realizan contra la seguridad de personas y de pueblos, y en este orden narrativo nos sorprende la figura del soldado, del arma, nos aterriza el tanque, el avión y la persecución inacabable, pero también el retrato implacable de los hombres, que toman esas decisiones y que siembran estos desalientos.

La obra de Guayasamín es una crónica sin congoja; sus plañideras que evocan a veces las mujeres de la serranía quiteña, rara vez tienen lágrimas, como si ya sólo quedara lugar a un frío rencor, tan helador como el aliento de una montaña. Las figuras, que interpretan y viven esta edad de la ira, no pidan ya un mundo mejor, apenas lo presienten, parece como si todo lo sobrecogiera, la sensación de corresponder al dolor y a la injusticia con otros dolores y venganzas.

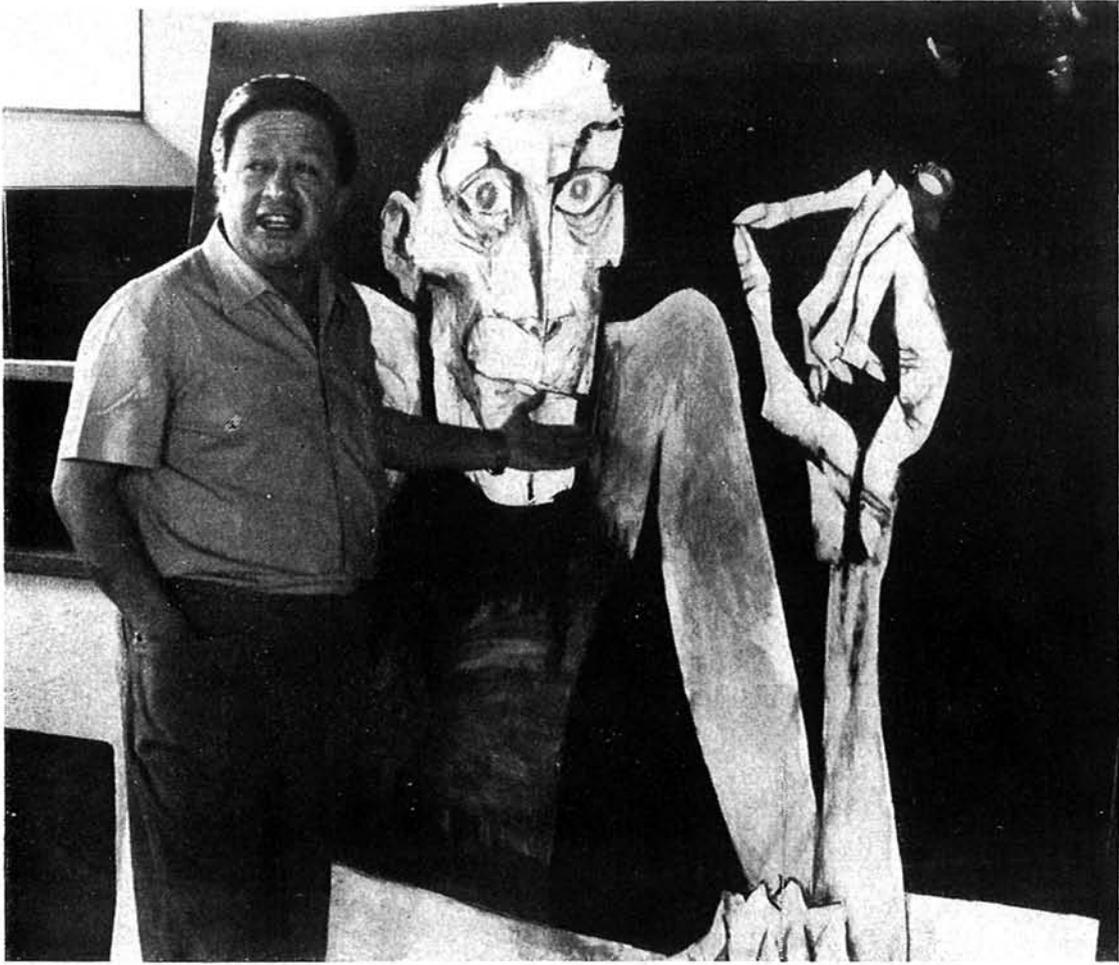
Nadie llora, y si lo hace, el llanto es como una lluvia silenciosa; el odio lo silencia todo, pero no lo inmoviliza, los gestos transmiten una sensación dinámica, una voluntad de movimiento y de cambio de un vigor tal, como pocas veces lo proporciona la pintura. Campesinos, prisioneros, víctimas de temor, destinatarios del dolor y de la muerte, nos dan la sensación, no de que hablan, como se decía del viejo y preciosista retrato decimonónico, pero sí de que se mueven con una energía, un vigor y un impulso, que son los intérpretes de nuestro tiempo.

*La edad de la ira* es la época del subdesarrollo, la irrupción brutal del tercer mundo, en la vieja cultura de nuestro mundo histórico minoritario y capitalista. Con ella, Guayasamín afirma algo que ya sabíamos: su condición de ser el más grande de los muy grandes pintores ecuatorianos contemporáneos, la primera figura de esa constelación en la que brillan Villacis y Viteri, Tabara y Mideros, quizá la más importante, por su solidez y por su fuerza creadora de todas las que se afirman en la zona norte de América del Sur.

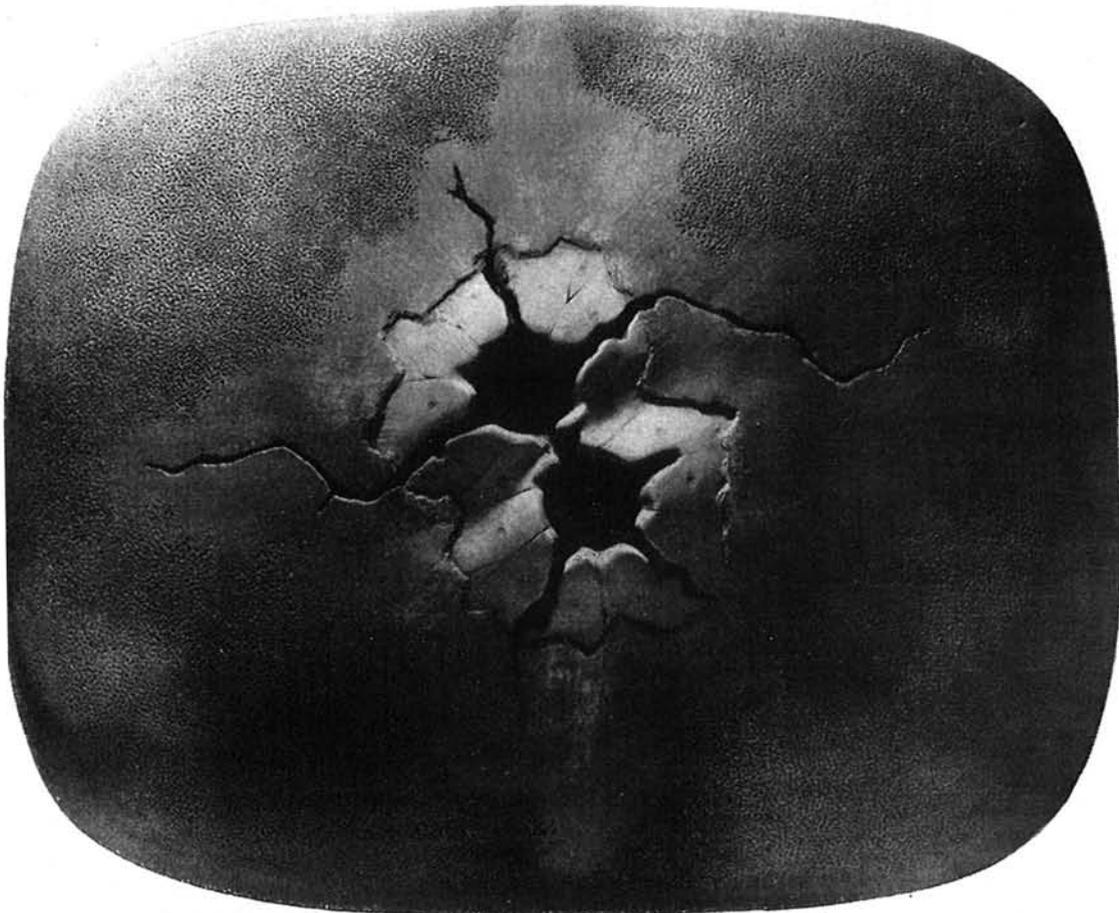
En este enorme y universal políptico, lo narrativo viene en cada momento equilibrándose por la propia materia objeto de la narración, alcanzando el equilibrio y la contextura de un clásico, porque en realidad, seguido e imitado, en Europa y América, volcando su talento en multitud de obras, que van desde el monumento público a la pequeña orfebrería doméstica, Guayasamín, equilibrado en el desequilibrio, sosegado en el torrente vertiginoso de la ira, escueto en su locuacidad, es un clásico, el equivalente de lo que puede ser una actitud clásica para nuestro mundo de paradojas y contradicciones, para este tiempo que día a día convierte lo imposible en real.

#### LA ESCULTOPINTURA DE MANUEL GÓMEZ RABA

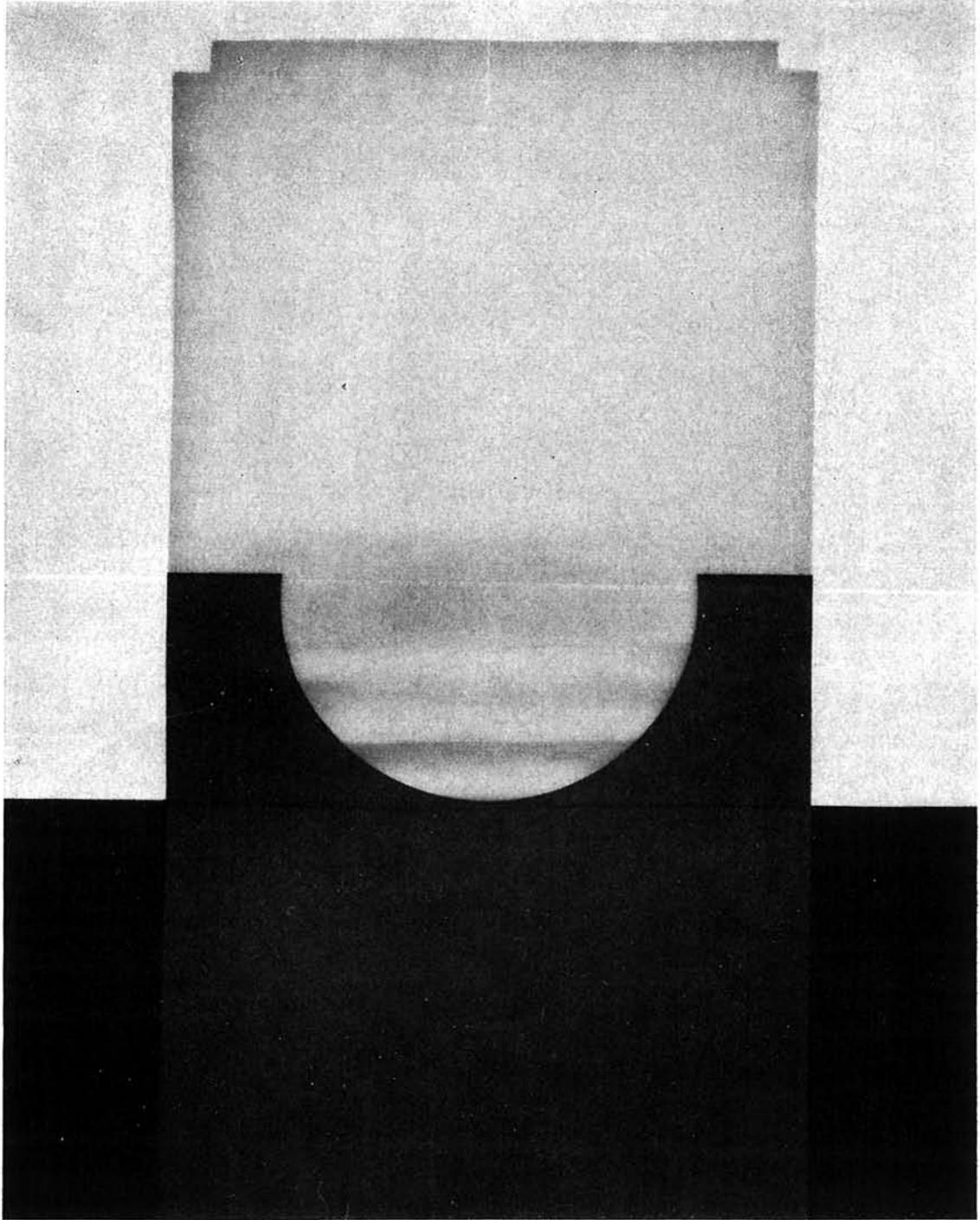
Estas obras de Manuel Gómez Raba, con las que culmina el proceso de confusión de las fronteras tradicionales entre la pintura y la escultura, ofrecen interés en dos dimensiones distintas; por una parte, en cuanto vienen a acentuar la unión de los géneros artísticos, en nuestro tiempo y el replanteamiento de un nuevo lenguaje de formas que integra todas las expresiones artísticas, de la cerámica al tapiz, pasando por la escultura, la pintura, el vitral y el grabado, en un mismo cauce de expresión. Por otra parte, estas obras ofrecen una inquietante dimensión temática; con nuevos materiales, con un estilo nuevo e impactivo, vienen a replantear una trayectoria de viejos temores.



OSWALDO GUAYASAMÍN



MANUEL GÓMEZ RABA: *Escultopintura*



SENÉN UBIÑA: *Integración*